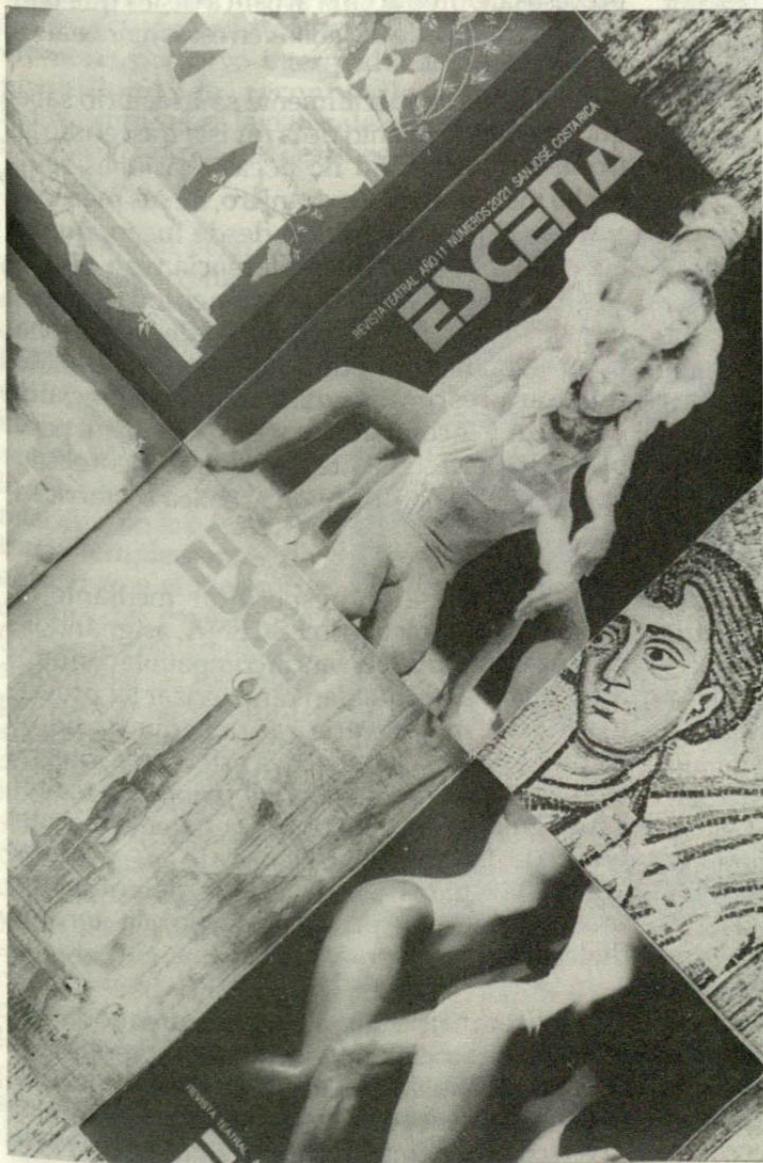


QUINCE AÑOS DE EXISTENCIA

*Gastón Gaínza **

Este ejemplar, correspondiente al primer semestre de mil novecientos noventa y tres, así como el próximo, correspondiente al segundo semestre de este mismo año, llevarán en su adjudicación serial la identificación de la decimoquinta anualidad periódica de la publicación de ESCENA, cuyo primer número empezó a circular en julio de 1979. Además, es necesario recordar que ESCENA tuvo una etapa de modesta —aunque significativa— gestación, a través de la publicación mensual, durante el Año Académico de 1978, de un *Boletín del Teatro Universitario*, que entonces dependía de la Vicerrectoría de Acción Social de la Universidad de Costa Rica.

Dicho *Boletín*, fundado con el respaldo de la Vicerrectoría de Acción Social, empezó a publicarse en marzo de 1978 merced al esfuerzo de Juan Katevas, quien lo dirigía, del Dr. Víctor Valembos y de quien suscribe estas líneas. En el contexto de un clima cultural creado por el III Congreso Universitario, generosamente proyectado hacia el pleno desarrollo de todas las fuerzas productivas de lo académico,



* Profesor Escuela Filología, Lingüística y Literatura, U.C.R.

—el arte incluido, por supuesto—, nos animaba el propósito de satisfacer una necesidad comunicativa en el ámbito de la estética del espectáculo, ese espacio social que permite la interacción entre los trabajadores de las distintas especialidades escénicas y los espectadores.

La modestia de su condición, deudora en lo más significativo de un presupuesto inexistente, no impidió, sin embargo, que el contenido del **Boletín** interesase a importantes miembros de la comunidad académica nacional, quienes lo acogieron generosamente y, lo que es más importante, manifestaron su decidida voluntad de brindarle una colaboración imprescindible para su supervivencia. De hecho, se la dieron con sus respuestas a nuestras entrevistas y encuestas.

La resonancia conseguida constituyó un factor decisivo para examinar la posibilidad de transformar el **Boletín** en revista universitaria; la Vicerrectoría de Acción Social brindó incondicional apoyo en la gestión fundacional del nuevo órgano, destinado desde su nacimiento, con el nombre de **ESCENA**, a la extensión cultural del área académica de las artes del espectáculo.

Entre las nuevas condiciones que el cambio supuso para la publicación —esto es, su transformación de boletín en revista—, hay que destacar una muy importante: si bien **ESCENA** nació en el Teatro Universitario, cuando éste dependía de la Vicerrectoría de Acción Social de la Universidad de Costa Rica, contó desde sus orígenes con el auspicio de la Compañía Nacional de Teatro. En el editorial del primer número quedó constancia de esta integración. Al año siguiente, a dicho auspicio se sumó el del Teatro Nacional, creándose así una valiosa interacción editorial entre las Instituciones teatrales que, a fines de la década de los setenta, constituían la base nacional de la estética del espectáculo escénico en el país. Esta experiencia, lamentablemente, concluyó hace unos años, y hoy **ESCENA** es una publicación dependiente de manera exclusiva, aunque no excluyente, de la Vicerrectoría de Acción Social de la Universidad de Costa Rica. Me parece deplorable, con todo, que el proyecto mancomunado de la etapa inicial de su existencia no se haya mantenido, a pesar de los esfuerzos que hicieron por impedir su desaparición la Vicerrectoría y el Comité Editorial: la integración siempre es preferible, más aún en nuestros países.

Lo cierto es que esta revista, como cualquier objeto sometido a un proceso histórico, ha experimentado diversas modificaciones, particularmente en su dimensión formal. Sin embargo, hay un eje de identidad que la recorre desde sus orígenes hasta su decimoquinto aniversario: la fidelidad a sus principios fundacionales y la voluntad de servir, desde su entorno académico, al desarrollo nacional del arte del espectáculo.

Por sus páginas han circulado creaciones, testimonios, referencias, críticas, análisis y propuestas, cuyo referente cultural básico es el teatro, aunque lo proyecta y lo inscribe —para su mejor conocimiento— en su espacio insustituible: el **ESPECTÁCULO**, ámbito que comparte con otros procesos de producción artística de los que también se ha ocupado **ESCENA** en estos quince años.

Ha sido especialmente satisfactorio saber que el reconocimiento de la revista trascendió las fronteras patrias. En no pocas ocasiones se ha hecho mención, en el extranjero, de sus méritos y aciertos. Esto no significa, desde luego, que en aras de tan legítima complacencia sean olvidados errores y desatinos que, como en toda empresa humana —y aun desprovistos de intencionalidad—, hemos cometido sus responsables. Méritos y errores constituyen la trama existencial de **ESCENA** y le confieren, por eso mismo, un perfil histórico perfectamente definido en las relaciones sociales de producción artística costarricense.

Si hubiese que especificar mediante un solo rasgo el carácter de **ESCENA**, asignándole, por supuesto, una relevancia compatible con otros que, igualmente, pueden caracterizar su proyecto editorial, me atrevería a afirmar que ha sido el de proponer una perspectiva estética de integración para la comprensión del fenómeno teatral. Esto significa que se lo reconoce como una, entre otras, de las manifestaciones de los procesos artísticos regidos por la matriz de comportamientos sociales producidos por la tensión dialéctica entre «ver» y «ser visto».

Esta matriz, cuya expansión en todas las formaciones sociales conocidas comprende desde comportamientos religiosos hasta políticos, es el fundamento de la ritualidad que programa diversos ordenamientos de la vida social. No es

fortuito, por lo mismo, que al pensar en la condición de la teatralidad, cuyos orígenes en diversas culturas están intrínsecamente ligados con prácticas religiosas previas, sea inevitable recurrir a sus nexos con los misterios y las experiencias místicas. A la vez, y en el otro extremo del eje referencial de la 'representación' teatral —o escénica, en un sentido amplio—, se hallan sus vínculos con todas las formas de la práctica política y sus ideologías.

Con todo, la producción artística espectacular, en la que el teatro alcanza su expresión y sentido, ha remontado ese condicionamiento genético que le ató en sus orígenes a otras prácticas sociales; en la actualidad, ha consolidado la articulación estética de sus códigos secundarios modelizadores, aunque siempre en función de la matriz «ver / ser visto» que hace posible el ESPECTÁCULO y su vividura (aquellas experiencias y vivencias por cuyo intermedio accedemos a la posibilidad de reconocerlo como juego indagatorio sobre la naturaleza humana), y permite, por lo mismo, el despliegue de la ambigüedad y la ironía.

En esta perspectiva se ha desarrollado, en mi opinión, el proyecto editorial prioritario de ESCENA. No ha sido el único, por supuesto; ni ha pretendido, tampoco, asumir un liderazgo, por lo demás, discutible en relación con los otros. Se trata, simplemente, de afirmar que el reconocimiento del espectáculo (como objeto semiótico susceptible de ser interpretado) y su efecto: la adjudicación de un sentido al trabajo artístico que lo hace posible, no consiste en la mera articulación de un texto verbal con una puesta en escena y un espectador por antonomasia (o sea, un crítico) —reducción cuya legitimidad puede discutirse, aunque escapa a los fines de este artículo—, sino que constituye una apertura a la comprensión de una semiosis social en la que una sensibilidad opta por unas formas y, por tanto, desconoce o niega las otras.

No ha sido poco significativo en la política editorial de la revista el esfuerzo por presentar obras dramáticas inéditas o rescatadas del olvido. El Comité Editorial ha considerado, incluso, la posibilidad de hacer una edición especial con todas ellas, reuniéndolas en un volumen precedido por una presentación analítica. Regocija el hecho de saber que algunas de ellas han sido montadas en establecimientos educacionales y en comunidades de provincia. Los dramaturgos de nuestro medio han comprobado que la revista está en condiciones de difundir sus trabajos y abrirles, de ese modo, un foro de discusión.

Muchas cosas más podrían comentarse con ocasión del decimoquinto cumpleaños de ESCENA, pero mi propósito ha sido recordar sus orígenes y la estructura de sentido que el Comité Editorial ha intentado desplegar en sus páginas; de manera especial, esa búsqueda novedosa del encuentro entre producción espectacular, sociedad e historia, cuya matriz, como ha quedado



dicho, responde a la oposición entre «ver» y «ser visto». Creo que si los lectores reconocen cierta coherencia entre proyecto y producto, el trabajo efectuado en estos cinco lustros habrá sido digno del esfuerzo costarricense por dignificar las artes del espectáculo.